



Алекс Акимото

Bajo El Corazón De
América Latina

СОДЕРЖИТ
НЕЦЕНЗУРНУЮ
БРАНЬ

18+

Алекс АКИМОТО
Bajo El Corazón
De América Latina

<https://litres.ru/74328463>

SelfPub; 2026

Аннотация

Me llamo Mía. Tengo tres nombres — y tres destinos. En casa soy Mimi. En la guerra, Juju. Y él va a llamarme Juli, en un susypro, tan tierno que voy a olvidar todo, menos su voz.

Crecí en Córdoba, donde mi madre me enseñó a morir, y mi padre, a matar. A los catorce disparé por primera vez. A los veintisiete me mandaron a matar a Dante Moretti — el jefe del clan enemigo, un hombre treinta años mayor que yo.

Pero Dante no es mi enemigo. Es el que me esperó toda la vida. El que me salvó cuando tenía nueve años y estaba parada en un banquito con una soga al cuello. El que ve en mí no un arma, sino una mujer.

Entre la sangre de los clanes y la canción que suena en mí desde que nací, voy a tener que elegir: cumplir la orden de mi padre o escuchar a mi corazón.

Porque la canción no miente. Y la canción dice: él es mío. Para siempre.

Содержание

Глава	4
PRÓLOGO DEL AUTOR	5
Bajo el corazón de Latinoamérica	5
Глава	7
CAPÍTULO 1. LA CHICA QUE AMABA AL MUNDO	7
Bajo el corazón de Latinoamérica	7
CAPÍTULO 2. LA PRIMERA SANGRE	12
Bajo el corazón de Latinoamérica	12
CAPÍTULO 3. TRES NOMBRES	20
Bajo el corazón de Latinoamérica	20
CAPÍTULO 4. CAFÉ EL JAZMÍN	33
Bajo el corazón de Latinoamérica	33
Конец ознакомительного фрагмента.	41

Bajo El Corazón De América Latina

Глава

PRÓLOGO DEL AUTOR

Bajo el corazón de Latinoamérica

Querido lector,

Este libro no nació de la ficción. Nació de la memoria. Del dolor ajeno que llevé dentro tanto tiempo que se volvió mío. De vidas ajenas que vi tan de cerca que dejaron cicatrices también en mis propias manos.

Mía Julieta Arenas no es una heroína inventada. Ella vive. En cada mujer que intentó morir y no murió. En cada nena que amó al mundo tan fuerte que el mundo le respondió con crueldad. En cada hija que miró a su madre y vio en ella, al mismo tiempo, la verdugo y la víctima.

Escribí este libro para contar una historia que me confiaron. La historia de los clanes Arenas y Moretti, de la sangre y el honor, de una canción que suena desde debajo del corazón y no tiene fin. Del amor que llega cuando estás parada sobre el que tenés que matar. Y no lo matás.

Este libro no trata sobre la mafia. No trata sobre la violencia. No trata sobre la venganza.

Este libro trata sobre cómo aprender a respirar de nuevo. Cómo amar un mundo que no te amó. Cómo perdonar a los que te hirieron. Cómo encontrar dentro tuyo a esa nena chiquita que

alguna vez creyó que todo iba a estar bien. Y creerle de nuevo.

Vas a encontrar en estas páginas el olor del jazmín y de la pólvora. El gusto del vino y de la sangre. El sonido de las campanas y el silencio después del disparo. Vas a encontrar Córdoba — no la de las guías de turismo, sino la que vive en el corazón de los que nacieron ahí. La que huele a miedo y a amor al mismo tiempo.

Vas a encontrar a Mimi. Esa que amaba al mundo. A pesar de todo.

Y si en algún momento te pesa leer — cerrá el libro. Respirá. Acordate de que no estás solo. Que en algún lado hay alguien que pasó por lo mismo. Y sobrevivió. Y canta.

Cantá con ella.

Porque la canción no miente. Y la canción dice: le hacés falta a este mundo. Aunque el mundo no lo sepa. Aunque vos mismo no lo creas.

Con amor y gratitud, Alex Akimoto

Córdoba — Moscú, 08.08.2025

Глава

CAPÍTULO 1. LA CHICA QUE AMABA AL MUNDO

Bajo el corazón de Latinoamérica

Mi madre intentó matarme cuatro veces.

Lo sé porque conté cada una de esas veces. Todas, me gustara o no, se clavaron como espinas profundas en mi corazón joven. Sí, espinas, suene como suene, porque mi madre se llama Rosa. Y esas cicatrices son como los pétalos que lleva en la muñeca de su mano izquierda: como un destino, como una obsesión que tuve que ver casi todos los días. Mi madre traía a muchos hombres y hacía el amor cerca de mí. Los hombres adultos, mientras la acariciaban, también me tocaban a mí en mis partes íntimas. Sí, era asqueroso. Pero la gente borracha, dominada por la pasión y la lujuria, comete atrocidades no solo contra sí misma, sino también contra los demás. Y yo no solo contaba las cicatrices del alma: contaba a esos hombres que ella traía a nuestra casa, a mi cama, creyendo que yo dormía. Pero no dormía. Lo vi todo. Lo viví todo. Como la ceniza en el pelo de mis muñecas, como las

colillas en mi taza, esa que estaba junto a la cama con agua para la noche, arrojadas por los que fumaban después de acostarse con mi madre, tirados boca arriba.

Lo recordé todo. No porque quisiera morir, sino porque quería vivir con pasión. Y cada vez que mi madre intentaba matarme, yo entendía: le hago falta a este mundo, aunque el mundo no lo sepa. Aunque mi madre no lo sepa. Y aunque yo misma lo dude, tengo que vivir. ¡Soy necesaria! Si no, ¿por qué el mundo me salvaba deteniendo su mano, sacando mi cabeza del agua? ¿Por qué romper la soga, ese hilo del que podrían colgar un toro entero?

Alguien me salvaba siempre, en el último instante. No mi madre, no mi padre desalmado, ni siquiera el azar. Algo distinto. Algo que no veía, pero que sentía con mucha fuerza en los momentos de pena y desesperación. Dentro de mí empezaba a sonar una canción, cuya letra y música no entendía y no podía reproducir, por más que lo intentara. Esa melodía me acompañaba camino a la escuela, mirando las incontables picaflores por la mañana. Eran tan buenos conmigo — todos los pájaros, los gatos, los loros posados en las ramas de nuestro jardín, gritando con esos sonidos extraños. Y yo amaba mi dolor, porque era en los momentos de dolor y desesperación cuando mi corazón revivía. Y venían las almas de los muertos, a veces asustándome, a veces confundiéndose. Y yo las dibujaba, las veía de pie, en multitud, en nuestro pasillo. Era extraño, pero el mundo se me abría. Y yo me abría a él. No me gustaba ir

a la iglesia, porque había muchas mujeres viejas que querían agarrarme de mi pelo largo y rizado, de mis brazos desnudos. Y al llegar a casa caía agotada y podía dormir días enteros, porque esas mujeres viejas me robaban las fuerzas. Veían que les entregaba mi vida. Y yo no quería dársela, porque ellas habían traído mucho dolor a este mundo. Y yo lo veía.

Sí, mi madre se llamaba Rosa. Hermoso nombre con espinas. Como ella misma: hermosa, espinosa, pero sola, hiriente y herida al mismo tiempo.

Mi madre tenía muchos tatuajes. No como los de esas mujeres que se los hacen en salones, tan bonitos, tan prolijos. ¡No! Esos que se hacen en los callejones, en las cárceles, en los sótanos. Esos que ya no se borran nunca más, que quedan como cicatrices en el casco de un barco que rozó los arrecifes o las rocas de granito.

En la muñeca izquierda, la rosa de la que hablaba. Negra, con espinas y sin pétalos. Como si le hubieran arrancado los pétalos y solo quedara el tallo con las espinas, con una gota de sangre en la púa. Fue el primer tatuaje, hecho a los catorce. Lo hizo después de que el primer hombre entrara en ella sin amor, tomándola por la fuerza.

En el antebrazo derecho, nombres. Cuatro nombres. Cuatro hombres. Cuatro hijos. Los nombres tachados, como con una rama en la arena, pero no todos. Y ella querría olvidarlos, arrancarlos con la piel, pero los nombres, como la piel, quedan para siempre, mientras respire y lata el corazón. Los nombres no

se olvidan. Quedan en los ojos de los hijos que te miran con los ojos de esos hombres.

En el cuello, detrás de la oreja izquierda, una golondrina, pequeña, azul, con las alas abiertas en desesperación. Como si quisiera arrancarse de allí y volar, pero no puede. Porque ya no es un pájaro. Es una marca.

En las costillas, debajo del pecho izquierdo, la fecha de mi nacimiento. No mi nombre, solo la fecha. Como si yo no fuera una persona. Como si fuera un acontecimiento. Que sucedió. Y que no se puede deshacer. Pero que se puede no nombrar, como un silencio que no se quiere espantar.

Yo veía ese tatuaje. Cada vez que mi madre me daba el pecho. Cada vez que me abrazaba. Y cuando intentaba matarme. Y hasta cuando gemía debajo de otro hombre, con las piernas abiertas, esa golondrina se bañaba en sudor, y las gotitas resbalaban por sus alas, como si llorara ella, ese pájaro asustado, y lloraba el cielo de dolor y de vergüenza.

A mi madre le dieron quince años cuando me tuvo.

Quince. Una niña que trajo al mundo a otra niña, una que todavía quería correr y reírse, enamorarse y sufrir de amor. De pronto parió a una chiquita prematura de cinco meses, a la que su propio cuerpo rechazaba. Mi madre tiene factor Rh negativo en la sangre, y yo, su hija, lo tengo positivo. Mi abuela se hizo cargo de todos mis cuidados. Y mi abuelo, al verme tan chiquita que cabía en sus dos manos, se largó a llorar. Mi madre quería hacerse un aborto, pero mi abuelo y mi abuela insistieron en que

no lo hiciera. Ya entonces fuerzas desconocidas me cuidaban, para que yo viviera. Nadie me quería. Y cuando mi mamá dijo que iba a abortar, mi abuelo le puso las manos en la cabeza y dijo las palabras que la detuvieron: «Rosa, yo voy a ser el padrino de mi nieta. No mates a mi nieta. Te lo pido por Jesucristo». Y Rosa me conservó la vida. ¿Sería mi abuelo? ¿O sería el mismo Cristo?

CAPÍTULO 2. LA PRIMERA SANGRE

Bajo el corazón de Latinoamérica

Mi padre era un gilipollas hermoso de dieciocho años, con ojos color de noche en los que se ahogaron muchas chicas. Su sonrisa lo prometía todo, como promete el diablo, que nunca cumple. Era del antiguo clan Arenas. Pero entonces yo no lo sabía. Entonces solo sabía una cosa: se fue después de que yo naciera. Se fue sin decir una palabra. Sin dejar ni nombre, ni dirección, ni esperanza. Nada. Solo una criatura que lloraba a gritos al lado de la desdichada Rosa de quince años, con su rosa en la muñeca, ya sin fuerzas para florecer algún día.

Siempre se iba. No solo de mi madre. De todas. De cada una. Se burlaba de las chicas inocentes. Las tomaba. Las dejaba. Se iba. Sin mirar atrás. Sin pedir perdón. Sin volver. Eso era su naturaleza. Como respirar, como el latido del corazón, como lo que no se detiene nunca. Y detrás de él quedaron por toda la Argentina muchas mujeres desgraciadas que abandonó, y por supuesto hijos, que ahora resultan ser mis parientes.

Pero de vez en cuando volvía a mí. Como un regalo prestado,

que te lo quitan después. Que solo te pertenece durante la fiesta, y luego ese regalo de uso temporal lo meten sin ceremonias de vuelta en la caja y se lo llevan. Así fue siempre conmigo. Las mujeres con las que vivía siempre nos impedían relacionarnos. Y una vez, un hombre sabio y grande me dijo: «Si perdonás a tu padre, vas a perdonar a tu futuro marido. Si pasás por encima de tu padre, te vas a tropezar con tu marido».

Venía una hora. Dos. Una noche. Traía caramelos o un vestido, y a veces nada. Me miraba largo rato, con atención. No como a una hija, sino como a una cosa que creció y se pareció a él. Y después se iba con la misma facilidad. Pero hubo momentos en que lloraba, sin explicarme nada. Y yo esperaba la próxima vez. Aunque fuera sin amor, aunque fuera en silencio y sin palabras, me moría por ver a mi padre, que en el fondo era mi ideal. Ese del que todas las nenas se enamoran, como todas las nenas se enamoran de sus papás.

Tenía siete años cuando me corté el brazo a propósito por primera vez.

No porque quisiera morir. Quería sentir algo parecido al vacío y a la plenitud al mismo tiempo. Es como cuando gritás con todas tus fuerzas, pero no te sale sonido. Como en un sueño terrible y maravilloso del que no podés despertarte. Un sueño en el que no me ven, no me notan. Y también quería asegurarme de que estaba viva, de que mi sangre corría, y de que cuando perdés mucha sangre, el corazón empieza a latir más fuerte y más alto. Y también que no era un fantasma, que no era un sueño, ni siquiera

una sombra, sino esa a la que algún día van a querer y van a llamar «mi amor», levantándome en brazos y protegiéndome de todo, sin soltarme nunca más.

Agarré una hoja de afeitar, chiquita, angosta y flexible como mi cuerpo, y la pasé por mi muñeca, de piel fina y transparente, un poco pálida por la anemia que me hace doler las piernas seguido, que me hace desmayar, y que me tiene siempre fría. Mis manos en mis bolsillos son como dos ranas frías, incluso cuando en Córdoba hace calor y todos tratan de no salir a la calle de día.

La piel se abrió como un pétalo de rosa arrancado, ¡tan rápido y tan de golpe! Estaba caliente, viva, brotando en un chorrillo, y me largué a llorar de felicidad, entendiendo que estaba viva y no inventada. ¡Era real! Y esa certeza fue más grande para mí que entender que nací de una madre y un padre.

Me cortaba despacito, casi todos los días a escondidas, tapando las marcas con las mangas largas de mis vestidos. No todos los días. Pero seguido. Cuando había silencio. O cuando mi madre estaba con otro hombre en mi habitación, incluso de día, y yo escuchaba sus gritos exaltados, sus sollozos fuertes, ya sin esconder nada, tanto que incluso cuando apareció el padrastro en nuestra familia, ella se permitía andar completamente desnuda. Su cuerpo, después de cuatro partos, del cigarrillo constante y del alcohol, ya hace mucho que no brilla de esbeltez ni de belleza. Pero sus pechos grandes y su cola latina son muy, pero muy atractivos para hombres de todas las edades.

Cuando mi padre no venía. Cuando mis hermanos dormían.

Cuando la casa se callaba. Y yo me quedaba sola. Con la hoja. Con la sangre. Con el silencio, que era más fuerte que un grito. Más fuerte que el llanto. Más fuerte que todo.

Cortaba. Y escondía tan bien que nadie se daba cuenta. Y a todos, en el fondo, les importaba un carajo lo que me pasaba y cómo me iba en esa maldita escuela a la que odiaba ir.

Tenía nueve años cuando intenté ahorcarme por primera vez.

No porque quisiera morir, sino para que el dolor se acabara, para que el silencio se acabara. Para que dejara de esperar, para que dejaran de mirarme como algo absurdo y a la vez raro. Como un dinosaurio asombroso, cuyos restos se encuentran en un pantano: no le importa a nadie, pero tiene valor científico para un círculo muy reducido de gente que construye su vida y su bienestar sobre sus huesos. Y, por supuesto, como quien robó la juventud, la infancia, y a quien no se puede amar por eso, pero tampoco odiar al mismo tiempo. Como un recordatorio vivo del dolor. De la traición. De una vida personal que no cuajó.

Agarré una soga. No me acuerdo de dónde. Solo recuerdo que era áspera. Olía a polvo de altillo y a diarios viejos que hacía mucho que nadie tocaba. La até a una viga. Me subí a un banquito y me pasé la soga primero por la mano. No quería. No quería morirme para nada. Quería que alguien me frenara. Que alguien entrara y gritara fuerte: «¡Mimi, no!». Y que me agarrara de mis hombros frágiles y se largara a llorar a gritos, con miedo de perderme. Y que llorara y me sostuviera mucho. Y yo quería sentir esa felicidad. Pero nadie entró. Nadie dijo nada. Nadie me

abrazó. Me quedé parada en el banquito con la soga en la mano, esperando. Esperando un milagro que no llegó.

Y entonces escuché. Una canción. Bajita y tan lejana. Como si viniera de debajo del piso. De debajo del corazón mismo de la tierra. Esa canción no tenía letra. No tenía melodía que los humanos pudieran oír, y menos todavía reproducir. Y era tan maravilloso que en la canción escuché, no con la cabeza sino con todo mi ser: no hace falta, mi amor, no hace falta. Porque viniste a esta tierra a vivir. Y sos nuestro sol y nuestro arcoíris. Viví, Mimi. Viví.

No sé quién cantaba. Y hasta el día de hoy no estoy del todo segura de que fuera real. Pero lo escuché. Y me bajé del banquito, saqué la soga. Después dejé la soga en el piso y me fui a dormir, sin quejarme. Simplemente me fui, como si no hubiera sido conmigo. Dejando atrás el único e inquebrantable deseo de vivir.

Tenía diez años cuando mi madre intentó ahogarme por primera vez.

Fue con una desesperación que la rompía por dentro, con ganas de vengarse de su marido y de mi padre. Por la juventud. Por la cuota alimentaria que él no quería pagar. Y porque yo le conté a mi padre que mi madre traía a la casa a otros hombres. Primero me tiró al piso del baño y empezó a patearme la panza, con una furia salvaje y gritos, tratando de pegarme en la boca del estómago y en mi pechito que recién empezaba a crecer. Y después empezó a saltarme en la cabeza. No tenía miedo. Ni siquiera dolor. Me reía de que no me doliera. Y Rosa, viendo

eso, con furia buscaba que yo le pidiera piedad, que le suplicara clemencia, porque ella había entregado su juventud a cambio de mi vida insignificante. Y al ver que eso no surtía ningún efecto, me arrastró hasta la bañera, tirándome del pelo por el piso frío, empapado con la sangre de mis labios y mi nariz. Y era como en un sueño o como en trance. Y ella misma se comportaba como alguien que no entiende, que no ve lo que hace, que no puede parar.

Llenó la bañera, y yo estaba en el piso, toda ensangrentada. Los mechones de pelo tirados por ahí, pisoteados sobre los coágulos de sangre seca, que parecían jeroglíficos japoneses raros, escritos con tinta roja sobre una bandera blanca que carga al ataque, bajo el ruido del agua que se llenaba en la bañera. El agua no estaba ni tibia ni fría, como las lágrimas de mi madre, que caían sobre mi cara, escapadas de sus ojos, cuando inclinada sobre mí me ahogaba con las dos manos, mirándome a la cara, disfrutando de mi sufrimiento, pero no lo había. Yo sonreía y decía: no me vas a matar, porque me protege más que solo Dios. Detrás mío está la eternidad. Y cuando mi madre me agarró del pelo y mi cabeza, tomada de mi pelo espléndido de chica latinoamericana, se sumergió en el agua, con los ojos abiertos vi algo que me sonreía y me envolvía la cara de luz. Y en ese momento las manos de Rosa se abrieron, y ella cayó desmayada sobre el azulejo blanco, manchado con mi sangre.

Y yo, sin resistirme, seguía mirando eso que me sonreía y que, como el sol, me regalaba el calor del amor, de la paz, de la alegría

— todo eso que deseaba desde chica. Parada al lado de mi madre, apenas aprendiendo a caminar y con la cabeza levantada, miraba cómo se pintaba los labios frente al espejo, probándose ropa, sin verme para nada. A su hija.

La melodía — eso que no era melodía — seguía sonando dentro mío y diciendo: viví, viví, viví.

Y cuando mi madre volvió en sí, me abrazó a los gritos y lloró amargo, fuerte, entendiendo que por la vuelta de mi padre había estado dispuesta a matarme. Por los sentimientos que sentía y sigue sintiendo por mi padre hasta hoy. Está dispuesta a entregar su propia vida, pero no puede confesárselo a sí misma, y mucho menos a él.

Así lloró mi madre por primera vez. Y vi y escuché en ella a esa nena de quince años, a esa Rosa jovencita, que pronto también voy a ser yo.

— Perdoname, Mimi — susurró mi madre. Bajito. Casi inaudible. Como una oración, como una maldición, como algo que no debería decirse en voz alta pero se dice. — ¡Perdoname! No quería. No sé qué me pasa. ¡Perdoname!

No le respondí. No podía. No quería. Me quedé quieta, simplemente. Mi cuerpo mojado temblaba, pero no de miedo, sino de entender lo enorme que es el mundo que está detrás mío, y lo fuerte que es mi deseo de vivir. Y la canción seguía manando de ninguna parte, siguiéndome llenando de vida — millones de aleteos de picaflores en mi pecho.

A pesar de sus ganas de pedir perdón aquella vez, a pesar de

sus palabras apasionadas sobre el perdón, mi madre me ahogó varias veces más. No quiero enumerar cuándo ni cómo fueron esas escenas. Solo recuerdo mi inmersión bajo el agua entre cada inhalación antes de sumergirme y cada exhalación cuando mi cabeza subía. Recuerdo todas las pausas. Y recuerdo sus manos, metidas en mi pelo rizado.

CAPÍTULO 3. TRES NOMBRES

Bajo el corazón de Latinoamérica

Tenía trece años cuando decidí ahorcarme el día de mi cumpleaños.

No quería festejo ni sonrisas falsas de invitados. Quería silencio y paz. El amor y los abrazos de mi abuela, las bromas de mi abuelo y, por supuesto, el calor del hogar. Pero mi fiesta se convertía en un burdel cuando mi madre, borracha, se volvía a tirar en mi cama con otro hombre y se ponía a tener sexo.

Agarré esa misma soga del altillo, que olía a polvo y a diarios viejos. Después até la soga a una viga en el galpón detrás de la casa, donde nadie pasa ni ve. Me subí al banquito. Me pasé la soga por el cuello. Pero esta vez no por la mano, sino por el cuello. Porque tenía trece años y me parecía que estaba cansada. Cansada de esperar y de tener esperanza. Cansada de amar un mundo que no me amaba. Cansada de ser la que no notan. Cansada de ser la Mimi invisible e innecesaria.

Cerré los ojos y escuché esa misma canción sin palabras, que cantaba: no hace falta. Sos necesaria. Viví para ese que vive inmortal dentro tuyo.

Y entonces vi una mano en llamas, extendida hacia mí desde el vacío, suspendida en el aire. La mano era tibia y viva. Me tocó

la mejilla despacito y con cuidado, como se toca algo que podrían romper y perder, pero que no deberían hacerlo.

— Julieta — dijo la voz. — Hoy no. Así no. Ahora no. Viví.

Y me bajé del banquito, saqué la soga y la tiré lejos de mí, como si fuera una serpiente venenosa.

No sé quién era. No sé si fue real. Pero lo escuché. Lo sentí y viví. Y eso fue más de lo que podía pedir, más de lo que podía esperar. Más de lo que podía soñar. Viví, a pesar de todo, gracias a algo. A eso que no me soltó nunca.

Mi padre me llevó cuando tenía catorce años.

No por amor ni por algún sentimiento hacia mí que de pronto le ardiera en el pecho. Se murió el jefe del clan Arenas y hacía falta un heredero. Mi padre no tenía hijos varones en el sentido de poder continuar la obra de su linaje. Esos dos hijos, nacidos después de mí, física, o más bien mentalmente, no podían ser candidatos a herederos. Tanto el mayor como el menor, nacidos de distintas mujeres, sufrían autismo en alguna forma. En nuestra familia eso es hereditario por línea paterna. En algunos más fuerte, en otros más débil. Yo capaz que tenía o tengo autismo, pero los médicos y psicólogos que me observaron y me examinaron no detectaron nada crítico, y por eso le dijeron a mi padre que su hija estaba sana. Pero que necesitaba sí o sí una alimentación abundante en carne y verduras de manera regular, por los niveles muy bajos de hemoglobina en sangre.

Papá llegó a Córdoba, a nuestra casita, que nos había dejado una argentina buena, que se fue de Córdoba para siempre después

de la muerte de todos sus seres queridos. Después de vender la segunda casa y juntar todas sus cosas, se despidió de nosotros con mucho cariño en la puerta de lo que ya era nuestra casa, nos dejó para siempre, y ni siquiera sabemos nada del destino de esa mujer argentina maravillosa. Habiendo vivido mis años en mi ciudad hermosa, amo de verdad a mi pueblo, a los argentinos. Lo amo tanto que a veces me parece que me disolví en él. Y donde sea que esté, conmigo está mi Fernet querido, cuya patria es justamente mi ciudad, Córdoba. Y mi alfajor más rico del mundo entero, sobre todo el que hacen las manos de oro de mi abuela Adriana. Abuela, mi ángel salvador, que caminó a mi lado toda la vida, y agradezco de corazón que fuera justamente la abuela la que me contó lo maravilloso que es mi pueblo argentino. Y cuánto dolor aguantó este pueblo, lo difícil que fue para nuestras mujeres, que perdieron a sus hijos en guerras y levantamientos, hijos que no se pueden recuperar. Donde sea que esté, muchas veces vuelvo con la mente a la Manzana Jesuítica, que fascina con su belleza, y a esas vistas de ensueño de las Sierras Chicas, ese gigante que hace de guardián de mi ciudad querida. Mi pueblo, al que pertenezco hasta la última gota de mi sangre, además es muy inteligente y merece de verdad el nombre de La Docta, siendo el centro intelectual y espiritual de la Argentina a la par de Buenos Aires.

A esa misma habitación donde mi madre intentó ahogarme, entró mi padre con cara de guardián sombrío y, sin siquiera saludarme como se acostumbra entre argentinos educados, enseguida miró a mi madre con atención y con un frío cortante.

En la mirada había distancia y el recuerdo incómodo del pasado, de su separación de ella, que les trajo a él y a ella muchos momentos desagradables. Y entendían que los dos eran culpables de todo, pero ya no había vuelta atrás. Ella tenía su hombre, o para ser honesta, una fila. Como él tenía una fila de mujeres, y no de las mejores, por cierto. Así viven los adultos, así les gusta. Después se arrepienten, pero de eso se acuerdan solo cuando la pérdida del pasado pesa más que la pérdida del presente. Y cada encuentro nuevo que se convierte en relación, por algún motivo siempre es peor que el anterior. Rosa lo miraba con un leve desconcierto y con un metal fingido de indiferencia, y le preguntó: «¿Qué querés?» Y la voz le tembló. Temblaba de dolor del alma y de pasión por él. Quería tirarse a su cuello y gritar con todas sus fuerzas: «¡Perdoname, te amo!», y largarse a llorar como esa nena de quince años que llevaba bajo su corazón latino joven una vida nueva y hermosa — yo.

— Me llevo a Mía — dijo mi padre, sin dejar que Rosa, todavía confundida, reaccionara. En el clan Arenas nunca se preguntaba la opinión de los menores, y de las mujeres menos todavía. Ahí las palabras del mayor eran una orden, no una opinión.

Mi madre no se opuso ni hizo preguntas. Al principio se quedó confundida, sin entender por qué de golpe se le ocurrió llevarse a Mimi a algún lado después de tantos años de evitarla y de indiferencia. Como si Mimi no fuera de su sangre. Pero aun así, mi madre, para su propia sorpresa, respondió:

— ¡Llévala! Pero sabé — siguió — que no es tuya y nunca va a ser tuya. Porque en ella está mi alma, y vos sos apenas el que tiró la semilla. Y vas a estar maldito por lo que me hiciste — respondió mi madre con rabia.

Mi padre solo se rió por lo bajo y contestó:

— Vos, mujer, conocé tu lugar. Yo decido como decido. Y me da lo mismo quién se me cruce en el camino, el diablo o vos. Ella era y es mi sangre. Y si la mantuve con dureza, yo sabía para qué lo hacía, incluso cuando tenía que pisarme el cuello, viendo cuánto le iban a doler mis palabras y mis decisiones. Vos, mujer, no sabés ver más allá de tu nariz de gallina. Por fuera es una chica, pero por dentro es un hombre, y yo lo vi. Por eso jugaba desde chica con armas y se peleaba con los varones como una igual. Y quién pensás que fue su maestro, ¿eh? ¿Vos, acaso, veleta? Yo soy su maestro, yo soy su guardián, y yo la voy a guiar en nuestra familia como yo quiero y como quiere nuestra sangre Arenas.

— Aunque te la lleves. Aunque te la lleves lejos. Aunque le enseñes a ser un hombre. Ella es mía para siempre — respondió mi madre ya con lágrimas en los ojos, a punto de estallar en un grito.

Lo que estaba escrito en mi sangre mucho antes de que yo naciera, no lo podía cambiar. Y, la verdad, ni siquiera se me ocurrió pensar en eso. Y eso lo entendí en ese momento, cuando juntaba mis cosas modestas en un bolsito de viaje.

Al irme de la casa donde viví tanto dolor y tanto sufrimiento, sentí por primera vez una angustia insoportable de separarme

de mi madre y lo mucho que me importaba esa mujer. No por nada dicen que las hijas argentinas nunca traicionan a sus madres argentinas, ni a costa de su propia vida. Me di vuelta a mirar a mi madre, tratando de no mostrar mis lágrimas ni mi dolor. Mi madre estaba en el marco de la puerta de entrada, con la cara triste vuelta hacia un costado, tanto que detrás de su oreja vi otra vez esa golondrina, que se debatía con desesperación en un intento inútil de soltarse a volar, todos esos años que la vi y la conocí. La golondrina, con cuya imagen está ligada toda mi vida en esta casa. «Mamá, perdóname», se me escapó de los labios, y me largué a llorar. Lloré como la lluvia cordobesa de primavera, que cae con gotas tibias y pesadas sobre los brotes jóvenes de nuestro jardín.

Mi madre volvió la cara hacia mí, y en sus arruguitas alrededor de la boca, apenas fruncida como la de una nena enojada con su amiga, apareció una sonrisa apenas perceptible. Si no hubiera conocido a mi madre, difícilmente lo habría notado. Y ella me respondió con el mismo susurro bajito:

— Hijita, perdóname por todo lo malo que te hice. Sos lo mejor y lo mejor que hubo y va a haber para siempre en mi vida pecadora. Perdóname por no haberte dado felicidad. Y ahora, en este momento de despedida, en este minuto en que entiendo todo lo que hubo entre nosotras, te pido: no vuelvas nunca más. Porque tu felicidad es estar lo más lejos posible de mí, lo más lejos posible. Y que nuestro amor a distancia sea la bandera de tu felicidad, que te la merecés.

Después mi madre se dio vuelta en silencio, sin dejarme decir ni una palabra. Y con el mismo silencio y despacito cerró la puerta de entrada detrás de ella.

Esa puerta, cerrada con el cerrojo oxidado que resonó desde adentro, la dejé en mi corazón para siempre.

Con mi llegada a la estancia Arenas, mi padre me enseñaba todos los días a disparar con pistola: primero a las latas, después pasamos al blanco. Y después mi padre sacó de una caja de cartón un conejito joven, blanco como la nieve, y me lo puso en las manos diciendo: «¡Mirá qué amigo hermoso te traje, para que no te aburras!» Y yo, encantada, tomé en brazos a ese conejito. Era tan lindo, sus ojos anaranjados me miraban con una mirada tonta, y yo, dándole una hoja de lechuga, lo acariciaba con ternura, admirando su pelaje increíble y sus orejas largas, paradas para todos lados, que al tacto parecían pedacitos de manta de terciopelo tibio, con los que yo tapaba a mi muñeca querida, Marilú.

Media hora después, mi padre, interrumpiendo mi juego con el orejudo, me ordenó llevar al conejito al jardín para que comiera pasto fresco. Corrí con alegría y ganas, y traje al conejito que se debatía y se resistía un poco, y lo dejé en el jardín, sobre el pasto jugoso, que él sin demora empezó a comer, moviendo las orejas largas de manera graciosa, masticando los pastitos con ruido. De debajo de su camisa, mi padre sacó una pistola marca Ballester-Molina, con un gesto seguro cargó la corredera y, pasándome ese pedazo de metal pesado que todavía guardaba

el calor de su espalda, con voz tranquila, llena de indiferencia, me preguntó:

— ¿Te acordás de la marca de esta pistola?

— ¡Sí, padre! — respondí con una sonrisa.

— Nombrala — siguió mi padre.

— ¡HAFDASA, Hispano Argentina Fábrica de Automotores Sociedad Anónima! — respondí con claridad y fuerte, como en el ejército.

— Bien, hija. ¿Y cuántas balas tiene el cargador?

— ¡Siete! — respondí.

— ¿Calibre?

— ¡Cuarenta y cinco pulgadas! Y en milímetros, ¡once cuarenta y tres! Largo doscientos dieciséis, largo del caño ciento veintisiete.

— ¿Y el peso cargada?

— ¡Un kilo cero setenta y cinco gramos!

Mi padre me miró a los ojos con una mirada satisfecha, y sentí por primera vez en ellos el calor de un padre. Pero fue solo un instante. Un instante que se esfumó igual.

— ¿Ves ese conejito, Mimi?

— ¡Sí, papá! ¡Es hermoso!

— ¡Matalo! ¡Ya!

— Papá, pero es un conejito, no le hizo nada malo a nadie.

— ¡Dispara!

— ¡No, padre!

— Entonces te voy a dar a elegir.

— Papá, no le voy a disparar.

— Está bien. Ahora te doy a elegir. En vez del conejito, vas a dispararte a tu pierna o a mí. Y esta es mi decisión final — agregó mi padre. — Tenés derecho a decidir quién te importa. Y además, acordate de cuánta carne comiste en todos estos años de vida. Y la muerte de este conejito no va a cambiar nada, pero te va a templar. Porque sos mi sangre y vas a tener que resolver tareas que solo vos podés resolver. Y además, un argentino sin carne, ya lo sabés, no puede vivir. Porque es un depredador, no una presa.

El conejito seguía comiendo el pasto tranquilo, tirando las patitas traseras de manera graciosa en cada saltito por el pasto, agitando al compás de su cuerpo su colita esponjosa, tan blanca como él.

— ¡Papá, ayudame! — Y miré a mi padre con los ojos llenos de lágrimas, entendiendo que esto lo pedía la vida misma, que me da lecciones para algo que solo ella sabe.

Mi padre se arrodilló a mi lado, apenas detrás mío a la derecha, y, tomando mi mano que sostenía la pistola, apuntó el caño al cuerpo del conejito. Y después, en un susurro apenas audible, dijo:

— Despacio, muy despacio apretá el gatillo. La muerte es tan dulce como la vida. Sacásela al que se cruce en tu camino. Sacásela sin dudar, por nuestra familia y por vos. Sos Arenas. Sos una con nosotros.

Despacio, como en una niebla, tiré del gatillo con el dedo

índice, y sonó un disparo ensordecedor. No como cuando tiraba a las latas o al blanco. Era el sonido de una vida cortada de un ser que yo mataba por primera vez en mi vida.

El conejito estaba herido y asustado. Le saltaba sangre por el pasto, y yo, shockeada por esa imagen, me quedé parada con horror, sin entender qué hacer. Y otra vez en mi oído sonó el susurro tranquilo de mi padre:

— No lo hagas sufrir, dispará. Rematalo ya — siguió sosteniendo mi mano con el caño apuntando al conejito.

Y de pronto sentí un gusto raro a sangre y a poder, así que sin demora apreté otra vez y otra vez, hasta que sonó el clic seco, casi mudo, del mecanismo del gatillo, que detuvo los disparos.

Aprendí a matar. Aprendí a matar con calma, como lo hacía mi padre y todos los hombres de nuestra familia, si y cuando era necesario. Después de la muerte, o mejor dicho del asesinato del conejito, tras años de templar mi eje interno, vinieron los asesinatos ya de personas de verdad. Sobre todo mataba hombres — los que eran jóvenes y los que eran más viejos, y ni la edad avanzada me daba lástima. Porque ellos también estaban listos para matarme, como lo hacían antes con otras, iguales a mí.

Pero amaba y sigo amando a los picaflores, los amaneceres y atardeceres celestes argentinos sobre las Sierras. Amo tirarme en el pasto jugoso, como lo hacen los pájaros, los gatos, o simplemente, subida a un árbol, sentarme rodeada de loros que se ríen siempre, ya acostumbrados a mí y tan descarados que se me suben a la cabeza sin permiso, para hurgar en mi pelo

como si fuera su propio nido. ¡Qué maravilloso es el mundo de la naturaleza! ¡Oh, mi Argentina! Mi Patria y mi alma, que vuela con las bandadas de palomas sobre la Plaza San Martín, sobre las cabezas de las mujeres viejas que venden flores junto a las iglesias y catedrales que derraman el plateado de las campanas. Y ese olor divino del café, el café más lindo del mundo en El Jazmín, tomado entre las risas de los chicos que corren y la música. ¡La música de la calle, que mana de las ventanas y los restaurantes, y no importa qué sea — una chacarera alegre, una zamba sensual o una milonga con la guitarra argentina inconfundible! Esa es mi vida y mi destino.

Tengo veintisiete años.

Estoy parada en el balcón de la estancia alejada de los Arenas, en esas mismas Sierras de Córdoba. Al amanecer, las montañas tienen los más distintos tonos rosados y coralinos, que cambian con una paleta turquesa y pasan al naranja dorado justo antes de que salga el sol. Y recibir el amanecer con una taza de café caliente en las manos es mi tradición desde el día en que mi padre me trajo a esta casa. Y me hice, en honor a mi mayoría de edad, un corte en la muñeca con la hoja de la máquina de afeitar de mi padre. Lo hice en forma de rayo. Y tan parejo, tan hábil, que hasta admiraba esa cicatriz. Raro, ¿no? Pero es verdad, me gusta lo que a la mayoría no le gusta. Como, por ejemplo, matar personas — ahora también me gusta.

Soñaba con el amor. Y me prometí: el nombre de mi primer hombre va a estar en un tatuaje en mi entrepierna. Le voy a

ser fiel hasta el final de mi vida. Porque no quiero cambiar de hombres como hacía mi madre. Como hacían todas mis compañeras de escuela y vecinas cuando sus maridos se iban a trabajar. Quiero mirarme al espejo con orgullo y saber que soy honesta conmigo y honesta con ese que va a entrar en mí primero, único, como la letra «A» en el alfabeto. ¡Lo juro!

Y ese va a ser el único tatuaje en mi cuerpo. Y las cicatrices — las cicatrices son la crónica de mi infancia y mi juventud, y ahora también de mi mayoría de edad. Y ese es mi secreto, que solo yo conozco, y solo yo.

Desde el fondo de las habitaciones, a través de las cortinas que se movían, sonó la voz de mi padre:

— ¡Mimi!

Y, dejando la taza con el café todavía tibio en la baranda de la terraza, fui hacia el llamado de mi padre.

— ¡Voy! — le grité, bajando por la escalera ancha de piedra con escalones de mármol, que enfriaban rico las plantas de mis pies descalzos.

Mi padre, al verme descalza y en bata larga de seda, sentado en un sillón profundo junto a la chimenea con el diario en las manos, dijo:

— Hoy vas a ir a Córdoba, al café El Jazmín. Las instrucciones las vas a recibir después, sobre la marcha. Prepárate ya, Jul — agregó mi padre.

Rara vez me llamaba Jul. Y si lo hacía, era solo cuando se preocupaba por mí. Y por lo general, era Mimi o simplemente

Mi.

Me llamo Mía Julieta Arenas. En casa me decían Mimi, y en la guerra me van a decir Juju. Y él — ese que me va a llamar Juli, en un susurro, como nadie me llamó todavía y como nunca voy a dejar que otro lo haga. Porque eso va a ser el comienzo de eso que temía, que rechazaba, pero que deseaba con pasión, sin animarme a confesármelo, poniéndome colorada de mi propia indefensión ante mi deseo.

Voy.

CAPÍTULO 4. CAFÉ EL JAZMÍN

Bajo el corazón de Latinoamérica

Mi padre nunca levantaba la voz. En el clan Arenas solo gritaban las mujeres. Mi madre gritaba. Y no encajó.

No es ni bueno ni malo. Es así. Pero mi madre, con su carácter excéntrico, difícilmente habría vivido mucho tiempo bajo el mismo techo que los Arenas. Acá los fuertes hablaban en un susurro. A veces solo con la mirada. Y eso bastaba. Siempre los escuchaban.

Estaba sentada frente a mi padre en su despacho, en el segundo piso de la estancia. La ventana estaba abierta. El viento de las Sierras traía el olor del jazmín y del polvo. Sobre las rosas rojas revoloteaban bandadas de mariposas de colores. Los senderos serpenteaban como víboras amarillas hacia el jardín umbroso.

Sobre la mesa entre nosotros había una copa de tinto. Espeso, como sangre coagulada. Italiano. La mesa era maciza, de caoba, con patas pesadas talladas en forma de vides entrelazadas. Mi padre prefería el tinto italiano. Y siempre decía:

— El blanco argentino es como el amor a una mujer. Y el tinto italiano es como el amor a un enemigo.

Mi padre acercó una fotografía hacia mí. En blanco y negro. Tomada desde lejos con un teleobjetivo. En ella, un hombre

maduro saliendo de una iglesia. Alto. Saco oscuro. Pantalones claros, livianos, de corte libre, a la italiana. La calidad de la foto no era muy buena. La cara del sujeto, en sombra. La toma a distancia no logró lo que hacía falta.

Mi padre me miró a los ojos. Con atención. Y dijo:

— Es Dante Moretti.

El nombre sonó como un disparo. Como en aquel día fatídico en que mataron al pobre conejito. El jefe del clan Moretti. Un siciliano de pura cepa. En esta foto tiene treinta y ocho años.

Yo miraba esa cara en la sombra. Como tallada en piedra. Y enseñada a respirar.

Mi padre no notó mi emoción. Dio un sorbito de vino. Siguió:

— Hace veintitrés años mató a mi hermano menor. Tu tío Tomás. No en combate. Por la espalda. Como a un toro que no espera nada. Contra el código de honor. Y ese día, encima, era sagrado para nosotros. En la boda de su propia hermana.

Yo me callaba. Escuchaba. No le sacaba los ojos a la foto.

— Mañana. Plaza San Martín. Siete de la tarde. Café El Jazmín. Va a estar ahí solo. Sin custodia. Es información verificada. Del círculo cercano de Dante.

Mi padre dio otro sorbo. Se rió por lo bajo.

— Los traidores por plata siempre existieron. Ni bueno. Ni malo. Pero está muy bueno cuando los tiene el enemigo. Y no nosotros.

Levanté los ojos.

— ¿El jefe del clan Moretti va a estar solo? ¿Acá? ¿En

Córdoba? ¿En serio piensa que en Argentina puede aparecer así? Sin custodia. Sin acompañante. Sin temer nada.

En la voz, una leve ironía. Mi padre tomó un sorbo de vino despacio. No por coraje. Por placer.

— ¿Dudás de algo, Mimi?

— Padre, pienso como vos me enseñaste. No creer ni en mí misma.

Él se rió. Con significado. Entendiendo: su arma funciona mejor de lo que suponía.

— Bien, Mi. Pensá. A la reunión va a ir alguien de los nuestros. Alguien que salió en retiro. Por razones de salud. El que le vende nuestros envíos. Nuestros negocios. Nuestros países latinoamericanos. Y Moretti va sin custodia. Porque le cree. Y eso significa que están juntos hace rato. O acá no es solo colaboración. Acá hay una relación cercana.

— A un italiano que viene de afuera, en Córdoba, es fácil distinguirlo de un local — agregué.

— Puede ser — respondió mi padre, seco. — O acá hay una estrategia que no entendemos. O Dante está completamente loco. Cegado por el poder y la impunidad. Si se aparece acá con tanta libertad, es que nos cree débiles. Piensa que no estamos listos.

Dejó la copa. El sonido del vidrio contra la madera. Bajo. Definitivo.

— Pero se equivoca. Estamos listos para la guerra. Siempre. Lo vas a matar, Mimi. Está decidido. Y vamos a cerrar esa maldita deuda de veintitrés años.

Yo miraba la foto. Esa cara en la sombra. Y no pensaba en el tío Tomás. Ni en la venganza. Ni en la sangre. Pensaba en que ese hombre se veía solo. Incluso entre los suyos. Tan solo como suelo estar yo.

— Padre. Puedo preguntarte. ¿Por qué tengo que liquidar a este deudor? Tenés gente. Los que lo conocen de vista. Los que lo harían por plata. ¿Por qué yo?

Mi padre se calló mucho tiempo. Más de lo habitual. Estiró la pausa. Y después respondió. Y esas palabras me tomaron por sorpresa.

— Porque tiene que ver nuestros ojos. No los ojos de un mercenario. Los ojos de los Arenas. Tiene que entender a quién mató hace veintitrés años. Tiene que verlo en la cara del que aprieta el gatillo.

Entendí enseguida: mi padre me estaba mintiendo. Él nunca decía la verdad si era más fuerte que la mentira. Ni bueno. Ni malo. Simplemente es. Pero no discutí.

— Sí, padre — dije.

En algún rincón profundo de la casa volvió a sonar esa melodía. La que me salvó tantas veces. La que me inspira a vivir. La escuché a través de las paredes. A través de las distancias. Ni siquiera el viento cálido y racheado que silbaba en la chimenea pudo apagarla. Desde el jardín llegó el jazmín. La lavanda. El tomillo. Y algo dentro mío se apretó. Un presentimiento incontenible. Que desplazó el miedo. Que desplazó las dudas.

Todavía no sabía que mañana a las siete de la tarde no voy a

matar a Dante Moretti. Voy a hacer algo todavía más terrible.

Voy a creerle.

A la noche, a pesar de la insistencia de mi madre de que no fuera, igual fui a su casa.

Rosa estaba sentada junto a la ventana. Fumando. El humo salía de sus labios. Subía en densas volutas hacia el techo de madera. Se disolvía. Como sus años pasados. Como sus relaciones pasadas. Dejando solo el olor. Y el dolor.

Me recibió la misma rosa en la muñeca. La misma golondrina detrás de la oreja.

— Vas mañana — dijo Rosa sin volverse. — A El Jazmín.

No una pregunta. Una afirmación. Al borde de la pregunta.

Me quedé congelada en la puerta. Rosa no se dio vuelta. Seguía mirando las montañas. Los atardeceres rosados impresionantes. Esos que ningún argentino se cansa de admirar.

— ¿Cómo lo sabés?

— Sé todo lo que pasa en tu casa, Mimi.

Dio una pitada. Exhaló. El humo subió hacia el techo.

— Te parí. Y sé cuándo y con qué respirás. Cuando qué querés. Cuando vas a abrir las piernas por primera vez. No solo me voy a enterar. Lo voy a sentir. Y mañana podés hacer algo de lo que no vas a querer volver a casa. Nunca.

Entré tímidamente. Me senté en la silla. Esa misma. Donde alguna vez estudiaba. Donde jugaba con mi muñeca Maril.

— Rosa — dije. Rara vez la llamaba madre. Más seguido, Rosa. Era más honesto. — ¿Por qué me tuviste?

Ella se dio vuelta despacio. Me miró. Fijamente. En sus ojos, la tormenta. El temporal. A pesar de toda su quietud exterior.

— En el fondo, hija, no te tuve por voluntad propia. Me obligaron. Yo tengo grupo sanguíneo negativo. Tu padre y vos, positivo. Los tormentos que pasé no se pueden llamar llevar algo bajo este corazón de mujer latinoamericana. Fuiste un cuchillo para mí. Por dentro. Dolor. Una maldición. Sinceramente quería matarte. Porque físicamente no te quería. No podía. Y todo se daba para que no nacieras. Nacistes como un escupitajo. De cinco meses. Absurda. Fea. Y yo no quería eso.

Cruel. Pero honesto. Y la honestidad de Rosa valía más que cualquier mentira. La mentira en nuestra casa mataba. La honestidad solo hería. Mi madre era más honesta que mi padre. Me enseñó el dolor y los tormentos. Y le agradezco. Porque entiendo su dolor. Porque yo misma pasé por él. Y por eso mi madre me es querida.

— Pero no te ahogué — siguió. Bajito. Casi en un susurro. — Cuatro veces pude. Cuatro veces te sostuve la cabeza bajo el agua. Y cuatro veces algo me frenó la mano. No sé qué. Pero supongo que Dios, en el que creo, me frenó cada vez.

Apagó el cigarrillo. Despacio. Apretó la colilla contra el cenicero. Miró sus manos. Esas mismas. Las que me ahogaban. Y me abrazaban después de no ahogarme.

— Mañana vas a ir a matar. Y no te voy a decir que no vayas. No tengo derecho. Intenté matarte cuatro veces. ¿Quién soy yo para enseñarte a no matar?

Se levantó. Se acercó despacio. Me puso su palma caliente en la cabeza. Con una delicadeza especial. Como se toca lo que se tiene miedo de romper. En ese toque suyo estaba todo de esa nena de quince años. Que me tuvo con tanto esfuerzo. Que no se quebró. Que no se murió en el torbellino de acontecimientos. Que no estaban a su alcance en esos años frágiles, de cristal.

— Pero te voy a decir una cosa, Mimi. Cantá. Pase lo que pase. Cantá con el corazón y con el alma. Cantá siempre. Como canta en los años difíciles nuestra tierra argentina.

— ¿Qué?

— Cantá cuando te dé miedo. Y oscuridad. Cuando estés parada sobre el que tenés que matar y no puedas. Cantá esa canción que te cantaba yo. La que sonaba en los días en que te ahogaba. Y vos querías matarte.

Me quedé parada. Aturdida. Con una pregunta:

— ¿Vos también la escuchabas? ¿Escuchabas esa canción?
¿Por qué no me dijiste nada?

Rosa se calló un largo rato. No me sacaba los ojos. En ellos no vi nada. Ni sentimientos. Ni compasión. Solo un abismo quieto. Sin fondo.

— Porque esa canción es más vieja que yo. Y que todos nosotros juntos. Más vieja que tu padre. Que esta casa. Que el clan desde su mismo origen. Me daba miedo escucharla. Me daba miedo cantarla. Porque venía de adentro. Pensaba que me había vuelto loca.

Se calló. Miró por la ventana. Al atardecer.

— Vas a escuchar el final. Y vas a entender quién sos. Y yo no quería que lo supieras. No entonces. A los quince. No en ese mundo donde podía ahogarte.

Sacó la mano. Se dio vuelta. Hacia la ventana. Hacia las montañas del atardecer.

— Andá a dormir a tu habitación, Mimi. Mañana vas a necesitar todas tus fuerzas. Tu habitación está a tu disposición. Está todo igual que el día que te fuiste.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.